

## CAPITULO IV

# La Relación de Pareja: Encuentros y Desencuentros



# YO SENTI QUE SE ME DESPRENDIA EL ALMA

## Relato 3

**E**l quería irse conmigo por no verme sufrir, porque nosotros sufríamos mucho en la casa cuando mi mamá peleaba con nuestro padrastro, nos sacaba para la calle y muchas veces teníamos que vivir donde una amiga.

Hasta donde yo pude le aparentaba que vivíamos bien, que éramos de buena familia. El llegaba y me traía hasta la puerta de la casa... entonces yo le decía váyase, él se iba y yo pegaba la carrera, porque a veces no podía entrar.

Hubo mucho tiempo que vivíamos con mi papá, nosotros nos encargamos de conseguirle una señora sin pensar. Cuando éramos peladitas un día cualquiera resultó una muchacha embarazada que nos pidió posada, nos dió pesar y le dijimos a mi papá que pobrecita. Nos encargamos de decirle que sí y ella vino a quedarse a dormir con nosotros. A mi papá no le gustaba la cama pequeñita y que se acostaran con él, pero un día mi hermana amaneció en los pies y a nosotros se nos hizo raro; otro día amaneció fue la muchacha y a uno le parece increíble y comienza a

tener cosas contra ella. Después ya vivió con ella y empezó el jala p'allá y jala p'acá, porque mi papá trabajaba en loterías y cuando nos traía algo de comer, se acordaba más de ella que de nosotros. Comenzaban las broncas y nos íbamos pa' donde mi mamá, y allá el padrastro nos decía: que se vayan esas plagas que no hacen sino venir a tragar.

Ya tenía 17 años y le ayudaba a mi madre en un restaurante. Yo era la que trabajaba allí. Como yo era muy bonita, lógico de una edad en que me pretendían los muchachos, ay! de que me vieran hablando con un hombre, mi padrastro me entraba a cachetadas, me jalaba el pelo, me trataba de lo más de peor. El me obligó a irme de la casa y ella no me defendió. Yo creo que hasta yo le gustaba porque era muy celoso conmigo. Desde que yo tuve novio, fue un martirio porque mi padrastro no permitía ni que me mirara. Entonces fue cuando conocí a ese señor, al papá de mis hijos, él al ver el trato que me daban, me propuso que saliera con él, y yo con lo aburrida que estaba y todo, me fui. Yo me salí de la casa porque una vez me dió una pela delante de toda la gente y así mismo le dije que sí: -Yo me voy con usted mañana. Como él era conductor, me fui pa' Bogotá.

La primera relación fue muy amarga porque yo le tenía terror a ese momento, me daba miedo lo que me fuera a hacer. Pasé ocho días acostada con ropa, y nada. Después él trató de ser suave, tener

consideración, pero yo me sentí apenada pues pensé que la regla me había venido. Le dije "qué pena" y que no podíamos hacer más nada porque yo me había puesto enferma.

¡Dios mío! y comienza ese señor a darme mala vida, llegaba y comenzaba a golpear, yo salía a abrirle y decía: -dónde estaba, por que se demoró?. Tocaba el radio y decía: -claro ya estaban aquí, oyendo música, los gran hijueputas y yo allá consiguiendo el pan para el otro día, y usted ahí acostada con el mozo. -Yo: ¡Qué mozo ni qué pan caliente!-. Duré tres meses en esa casa y cuando yo acordé llegó con un camión con el trasteo. Nos fuimos a una pieza grandota, el trasteo grande era el mío, él era muy vago, nunca me presentó la familia para que no me dijeran que era así. Yo me puse a llorar...y él dijo: -Ya se puso a llorar por los mozos que dejó allí? Yo le decía: -Sabe qué?, separémonos, yo digo que este niño me lo conseguí en la calle; porque a los tres meses ya estaba embarazada. Yo me acosté a dormir entre el colchón y la cobija. Cuando me desperté estaba arrodillado al lado de la cama: Párese hija a comer, que tendrá hambre igual a mí. Había comprado chocolate y pan, preparado las onces, colgado los cuadros y arreglado la pieza lo más bonita... Pero entonces siguió así, un tiempo bien y otro mal. Siguió mujeriando y todo... Como estaba barrigona y él se portaba mal, yo fui donde su hermana y le conté: "por eso no hemos

querido ir a verla”, me dijo, “para que no nos vaya a culpar más tarde, porque pensamos que su matrimonio va a ser desgraciado”. Ese nunca le daba a mí mamá para el mercado. Yo en cambio se lo presenté a mi madre y ella sí lo quería. Cuando vivía con nosotros y una vez estaba brava con él por ponerse de enamorado de la hija de mi comadre, cuando llegó tarde, y como yo no le serví la comida, mi mamá le largó un tinto y me reprendió por no darle de comer: -Usted no va salir una mala mujer, porque uno al hombre lo atiende lo mejor que pueda.

Yo sin ganas le daba de comer, porque cuando él tenía mal genio, me tiraba la comida. Ese día cuando por fin se la serví, no me la tiró. Otra vez, un 24 de diciembre, yo me enfermé de la niña y él estaba borrachito. Llegó y no había dejado nada con qué hacer ni un agua de panela, pero mi mamá le alcanzó un huevo tibio y lo regañó por haber llegado borracho. Cuando yo estaba en cama no me tocaba, pero si ya estaba levantada llegaba borracho a pegarme.

Ya para esa época había tenido la niña y estaba esperando el niño. Luego trabajé en un restaurante porque él estaba sin trabajo: yo dejaba el niño recomendado de una señora en una piecita. Le di una plata para que hiciera el papeleo y se pusiera a trabajar, entró a una empresa y como me enfermé de la niña me salí de trabajar. A veces, mientras vivimos en arriendo pasaba muy bueno porque él me daba

mi comida y los domingos me sacaba a pasear. Hace 20 años compramos el lote por acá; un profesor nos los vendió a cuotas de \$100, que eran difíciles de conseguir. Como él ganaba poco quería venderlo pero yo dije que no, que yo respondía por la deuda. Yo escondí los recibos y seguí pagándolo. Tenía que vender almuerzos en un taller de carpintería que tenía mi hermana cerquita.

Cuando estaba en el tercer embarazo yo seguía vendiendo almuerzos, hasta que un día yo no sé quién le sopló, me llegó como a las 11 cuando estaban las ollas que hervían y se viene ese señor como una loca:

-Para quién son esos almuerzos?

-Pa' vender en el taller y de ahí saco la sopa de nosotros.

-¡Claro, para estarse allá con los mozos, porque su hermana es una alcahueta!

Me descuidé y regó ese almuerzo, me pegó, me arrastró sobre la comida y dijo que así había quedado más bueno el almuerzo. Fueron las viejas de la casa las que sapearon, porque ninguna fue a abogar por mí. Pero yo volví a vender desayunos y almuerzos, porque no me iba a dejar quitar el lote.

Pero cuando nos pasamos a esa loma yo empecé a sufrir. No había agua, ni luz, ni tienda, me tocaba bajar a pie y subir el galón de agua en la espalda,

dejar los niños mientras tanto encerrados e ir a llevarle a él el almuerzo, ir a pie a San Carlos, y coger un carro hasta el paradero. Empecé a sufrir, porque se volvió más atarbán conmigo, no había día que no me pegara, me daba mucha mala vida. Yo, por mis niños, pues sufrí lo que se puede sufrir.

Un día se fue y me dejó al amparo de Dios y la Virgen. Comía de lo que dejaba otra familia que traía comida recogida de Corabastos. El pensó que como me dejaba con los niños pequeños no iba a ser capaz de sacarlos adelante y él por ahí tomando. El dijo que yo tendría que llorarle por la comida de mis hijos y no se llegó el día. Duró cuatro meses por allá y el día que llegó no me encontró, porque había conseguido trabajo por días. Cuando venía, la vecina comenzó a hacerme señas: que había llegado el tigre, -con esa vida que me daba-. Yo a la mano de Dios entré, me pegó horriblemente, me dieron 15 días de incapacidad, yo le puse el denuncia en el Restrepo. La policía se lo llevó y le dijo que estaba detenido. Le preguntó:

-“Usted por qué le pega a la señora?”

-“Porque me hace dar rabia...”

-“Usted le da el diario al niño?”

-“A veces”.



- “No”, le contestó el policía, “la mujer no se consiguió de esclava, del palo, ni del juguete, sino que es para uno, para tratarla bien y darle de comer”.

Cuando llegué a la casa y mi padrino supo, dijo: “Mi ahijado no puede dormir allí esta noche”, y me hicieron ir por él. Mi padrino me hizo llevarle algo de comer y al otro día le llevé el desayuno; por la noche corra otra vez a llevarle la comida, hasta que lo soltaron porque yo estaba allí y no querían que me fuera sola con el niño. Llegamos a la casa, él se puso de rodillas y me juró que no se volvía a portar mal, que él iba a ser bueno conmigo.

Otra vez me pegó y se perdió porque yo estaba resuelta a que esta vez se quedara en la cárcel. Cuando volvió me trajo mercado, me dijo que lo perdonara, pero, ah como está con el mozo... No mijito le dije, con ningún macho, con lo que he sufrido con usted me basta. Dijo “Ah, muy brava?” y volvió a tratarme mal. Me decía: “perra malparida, hijueputa y degenerada, que la vieron culiando no sé dónde”... que me saliera del trabajo, que me iba a matar. Le dije bien hágalo, para antier es tarde, porque estaba desesperada con esa vida, estaba decidida a acabar mi vida. Yo sagradamente estaba planchando y mis intenciones no eran buenas, una mujer con hambre y maltrato no piensa nada bueno. Había un cuchillo pequeño, se lo tiré y le dije: si me quiere matar tome, pero cogí la plancha que estaba hirviendo y las

intenciones mías eran que sí se acercaba le daba con la plancha. El alzó el cuchillo y dijo: “Huy le han dado buenas clases”. Le dije: “no, fue que me cansé de aguantarle a usted la patanería, yo soy una mujer pobre, usted me conoció trabajando y no quiere responder; muy bien, yo no lo voy a buscar, y me he defendido con mis hijos”. Entonces alzó el cuchillo y me dijo “perdóneme no le vuelo a pegar”.

Pasó un tiempo en que no me trataba tan mal pero no me dejaba trabajar porque decía que allá conseguía mozo, pero yo llegué a pensar que mis hijos no tenían por qué aguantar. Si le iban a pedir algo, que un cuaderno, él les pegaba. Yo decía esta humillación tampoco. Me conseguí un puesto en un restaurante y cuando se dió cuenta que seguí trabajando se resignó, pero después siguió tomando. Llegaba echando cuchillo, rompía la ropa y a mí, hasta los calzones. Otra vez lo hice meter al calabozo y tuve que desocupar porque sabía que aclarando el día él venía a matarnos. El llegó y nos rompió toda la ropa. Cuando me fui a trabajar, me llamó por teléfono, me dijo que volviera por los hijos, yo le dije que no, que ya le había entregado mis mejores años. El vendió lo que tenía para no darme a mí. Se fue para Melgar, compró trago y allá le dieron burundanga, estaba inconsciente y nos llamaron. El hijo me dijo: mi mamá va dejar morir a mi papá de puro descuido.

Me tocó prestar \$14.000 e irme. Lo rescaté inconsciente en el Bolivariano, lo cogimos de los pies y la cabeza, para el Hospital. Allá dijeron que lo atendían si yo respondía por él. Olía a todo menos a bueno... Despertándose me llamaba mucho... Una señora decía que vuelva con él. Yo le decía que había sufrido mucho, pero por amor. Cuando se recuperó el chino grande dijo: llevémoslo donde vivíamos. De compasivos lo llevamos y a los quince días me dio una trilla y siguió en la misma maliadera. ... Un día me pegó de los celos, me cortó los dedos, mi hijo me encontró sangrando y no se atrevían a decirle nada a su taita, hasta que un día cuando me fue a pegar, mi hijo mayor se le botó con un tubo y se lo tiró por la cabeza. Cuando yo estaba en dieta llegó diciéndome levántese perra malparida, me tocó salirme del hogar, de mi cama. Levantó a todos los muchachos, levántense partida de maricas, todos sin trabajar.

El sí era muy mujeriego, decía que a la mujer, la tomaba, la fumaba y la botaba... decía que el cerebro de él era una mujer o la parte más sexual de una mujer. A todas les veía la cola bonita, pero yo me sentía mal, porque él tanto que hablaba de sexo y no podía satisfacerlo a uno como mujer. Como era de hijueputa para todo, entonces para quitarle la manía le dije: voy a llamarlo siempre de hijueputa...Hasta que un día se le escurrieron las lágrimas y me dijo que no lo tratara así.

Yo a veces me sentía muy rebelde porque la mujer no se hizo para el oficio y el hombre para el trabajo. La mujeres trabajamos, vamos a las empresas y llegamos a trabajar. El de la casa es un trabajo, porque muchas veces, en un día de descanso que le dan a uno tiene que estar lavando, planchando, cosiendo... Los hombres se lavan las manos con uno, porque no les enseñan a ayudar a lavar, barrer... esas cosas hay que enseñarles.

Yo me trataba de ir del hogar, pero se me oprimía el pecho, me daba un ahogo y volvía a poner las cosas en el sitio. Le conté a una señora, que me dijo usted lo que está es ligada, es decir no puede separarse de la persona. Yo me fui del trabajo para donde un profesor que también me dijo que estaba ligada a ese señor. Como hay un remedio para eso, comenzó a tratarme, a quitarme el nerviosismo, me vendaba y me chuzaba la cabeza. Fui cuatro veces pero el señor murió y quedé sin tratamiento. En esos días conocí a mi marido de ahora y me dijo que en el 20 de Julio había una señora que también hacía ese trabajo. Me ofreció hacer el trabajo bien hecho porque ese hombre me tenía ligada. Por \$3700 me desligaba, tenía que irme con un muchacho mío para que él no dijera que estaba en una residencia haciendo el amor. La señora me propuso que llevara una foto de él, un cuadro de San Antonio, puso las fotos en cruz. Al tercer viernes ya me había hecho tres conjuros; cuando yo llegué con

un nerviosismo que no podía, ella tenía una bola de cristal; cuando yo sentí que ese cristal se calentaba, ya me dolía el alma y una cosa que se me desprendía, como una espina del pie, un desgarramiento. Yo sentí como que se me desprendió el alma y me trastorné, pero desde esa vez sí fui capaz de dejarlo.

Cuando me buscaba para la relación muchas veces lo hacía sin amor, solo sentía rabia, vergüenza. Para obligarme a la sexualidad con él, cuando los muchachos se iban a trabajar, me obligaba a la cama. Lo más importante, yo creo, es cómo se hagan las cosas. Si hay cariño está todo bien, pero si sólo es por gusto que va a hacer las cosas prefiero quedarme sola. Ahora, con mi esposo actual, es mejor, él es más respetuoso.

## UNO SIENTE LA NECESIDAD DE ENCONTRAR EN OTRA PERSONA ALGO

Relato 4

A mi papá y a mi mamá no les gustaba que tuviéramos novios. Por eso, tener novio fue al mismo tiempo como un martirio y como el futuro. Mi mamá nos decía que el día que resultáramos con novio nos partía una pata. A los catorce años me salió un enamorado y mi mamá quería casarme con él, pero entonces yo me vine para Bogotá, quedé de volver pronto, pero no lo hice. Una vez dos novios apostaban a ver quien se quedaba conmigo. Mi papá me decía que nunca debía aceptar lo que los hombres decían y que no les debía recibir nada, ni una gaseosa. Yo no me quería casar porque veía los demás matrimonios cómo sufrían. Los noviazgos eran pasajeros porque a mí no me gustaba que me hicieran propuestas uno o dos días después que los había visto y porque tampoco me gustaba tanta manoseadera. Mi papá era muy delicado en ese sentido, decía que el día que supiera que una de sus hijas iba a formar una vida que no fuera a ser casada por la Iglesia, no

nos recibiría en la casa como hijas. Por eso yo no me dejaba ver mucho y prefería decirles a los pretendientes “váyase” y no más.

A mí me daba miedo el noviazgo. A uno le empiezan a decir que si pasa esto o aquello queda embarazada y entonces uno empieza a mirar mal las cosas, porque no se las dicen como son y por eso vienen los problemas. Cuando me ennovié me fui dando cuenta que él no lo hacía por maldad.

Aunque tuve varios novios solo llegué en serio con el que hoy es mi marido. El era muy pinchao y a todo momento permanecía perfumado. Uno siente la necesidad de encontrar en otra persona algo, porque aparte de que uno ha vivido como sin afecto, le entra la curiosidad por las atenciones y ahí se va uno lanzando al charco.

El matrimonio fue terrible y muy difícil. Antes, él me propuso que me fuera a vivir, entonces yo le dije que el día en que me vaya a vivir con un hombre tenía que salir de la puerta de la Iglesia con él. Entonces al darse cuenta que yo no accedía a sus peticiones me propuso matrimonio. Siempre en la casa mi papá nos decía que teníamos que ser casados, que nunca una unión libre, porque lo mandaba la Santa Iglesia.

Nosotros alcanzamos a poner varios plazos para casarnos y nada, porque no había plata. Cuando

menos pensé él llegó con el cuento de que nos íbamos a casar y a hacer vueltas, que los registros, que a ver dónde nos casaban sin curso y de una vez todo el mundo a llorar. Mejor dicho ese día se dañó la fiesta porque todas lloraban. En ninguna parte nos querían casar sin el curso, después me tocó ir a donde mi suegra y ella fue la que habló con el párroco del barrio rogándole y eso porque ahí se habían casado dos hermanos, el cura dijo que sí. Luego, a hacer las vueltas para las argollas, el vestido y a que me arreglaran el pelo. Me casé de blanco.

En esos días yo no tuve vida porque no me quedaba tiempo casi ni para comer, yo llegaba de hacer una diligencia y corra a hacer la otra, todo era corriendo. De todas formas esos días teníamos con el cura un medio cursillo, a llevar los padrinos y un poconón de cosas. Como a medio día me fui para el salón de belleza, tenía que salir por las argollas, estar en la Iglesia a las seis de la tarde para la confesión. Llegué bien tarde y póngale cuidado que nosotros nos poníamos a estudiar y no aprendíamos nada de ese librito donde está el rezo, donde dice también cómo debe uno portarse con ellos y ellos con uno. El cura llegó a preguntarnos y yo sabía que él no sabía y entonces, yo pegué la carcajada. El padre vió esa reacción mía, dijo, son los nervios y no preguntó más. Yo me vestí donde mis padrinos. Allá me tenían todo listo. Mi madrina y mi mamá ayudándome, que una



las medias, que la otra el vestido, que el pelo con las margaritas, que los guantes y ya eran las siete y diez y apenas cogiendo carro; mejor dicho terrible. Me mandaron casi adelante con dos hermanas y llegué y ya habían pasado dos misas pero de muerto. El allá como un palo esperándome, todo el mundo decía que yo me había arrepentido y que ni iba a llegar. Se bailó hartito, como hasta las tres y media. Nosotros como a la media noche nos fuimos para donde mi mamá. Allá seguimos la fiesta y los otros donde mi suegra se quedaron bailando.

La primera noche con él estaba muy nerviosa, fue algo así como una atracción unida a un no querer: como un impulso que uno siente y que al mismo tiempo no quisiera. Yo veía la cama y me daba miedo, me decía: ¡Ay, Dios mío, cómo me vine con este hombre sola, ahora todo lo que va a pasar! Comimos y él se fue por allá y vino tarde, pero yo no podía dormir del susto. Como le dijera, estuvo conmigo y todo, como esa sábana estaba manchada, le dije a la señora que sí me hacía el favor y me daba jabón. El dijo algo y yo nunca he sabido lo que el dijo, pero ella me dijo, tranquila mijita, que eso es como un dolor de muela, es como si le sacan la muela y se acabó. A mí me habían explicado que eso no puede hacerse seguido porque lo dañan a uno. Para mí, en ese entonces, el sexo era como vergonzoso y yo a veces me quería ir. Aunque él no fue despótico, yo sabía

que los hombres son muy pesados y lo obligaban a uno. A veces uno prefiere no recordar ni decir nada sobre la relación porque se siente tan mal y porque a veces piensa que eso de estar con un hombre es muy feo.

Después que me casé seguí tratándome con los de mi casa, a veces los visitaba y ellos a mí; eso sí, mi mamá ha sido la que más apoyo me ha dado sobre todo con los hijos, cuando he tenido mucho trabajo; también cuando hay problemas cuento con mis hermanos. Con mi suegra me hablo a veces y ella nos ayuda. Claro que con ambas familias es mejor no tan cerquita para evitar problemas.

Primero nos fuimos a pagar arriendo en una pieza y ya después a un ranchito en tierra. El no tenía nada; lo único era un colchoncito y un armario. Poco a poco íbamos sacando a plazos, primero las cobijas, luego las ollas y así lo poco que se ha podido ir consiguiendo. Nosotros estábamos acostumbrados a dos comidas al día no más.

Yo siempre le he ayudado mucho a él, en varios años de estar juntos hemos pasado las duras y las maduras. El trabajaba primero en una fábrica y me acuerdo que ganaba \$50 eso era tan poquito. Yo a veces gastaba hasta \$60 en el diario; entonces, él vió que cartonando, más o menos le iba bien, él mismo cogió, hizo un carro de esos esferados y se puso a

cartoniar. El primer día ganó \$80, pues era más a comparación de lo que ganaba y entonces ya guardábamos el cartoncito para ocho o quince días. Resolvimos apartar una cocina y entonces cuando uno iba y cartoniaba salían ollas buenas, salían cucharas. Yo todo eso lo cogía, lo lavaba bien y lo pringaba; así era que siempre yo le ayudaba a él. Creo que es por eso que nosotros nos hemos llevado bien, llevamos un hogar muy comprensivo, a veces él llega borracho, pero a ultrajarme, nunca. Yo por lo menos me aterro de mis hermanas, por ejemplo, la más sardina, llegaba golpeada del marido y su vida era un calvario completo; había veces que el marido de ella me pegaba por meterme a defenderla; incluso llegó a meterse con mi papá y con mi mamá. En cambio nosotros nos llevamos como bien, porque él no es agresivo, primero habla, y eso es lo que debe ser un hogar, él es responsable y cumplido con su hogar y con sus hijos. Eso sí, hay peleas porque a veces él es muy terco, pero no me trata mal, aunque a veces, cuando voy a las reuniones en el barrio y llego, ahí tiene con la mala cara. El es un padre ejemplar. Por eso todos se aterran de nosotros dos.

Las peleas con él eran muchas veces por la familia de él, sobre todo unos días que vivimos con ellos. También nos manteníamos peleando un tiempo en que él era muy enamorado. Si veía una escoba con naguas, ahí se le iba. Entonces yo sufrí, no porque él

me diera mala vida, sino porque era perro. Una vez estuve a punto de perder el hogar, sino que como nosotros lo que hemos tenido es que somos apasivos y dialogamos, pues un hogar sin diálogo no es hogar, y lo que tenemos es que yo le doy moral a él. Yo le digo que él no es solo, que somos parte y parte, porque yo sola tampoco soy. Por ejemplo, los chinos son de juntos, no solo míos, yo le reprocho a él si comete un error y si soy yo él me reprocha y me corrige, así no somos peleadores de siempre. Eso sí, tenemos discusiones, pero por más que sea así, él responde por sus obligaciones.

Cuando él se consiguió otra mujer yo no le llegué a pillar nada, pero era que a mí me contaban y entonces yo le notaba era el cambio, porque nada le gustaba. Si le decía cualquier cosita, se ponía bravo. Había veces que me tocaba pedirle cacao, entonces ya tuve problemas por eso. El tuvo amores fue con una concuñada mía y la mamá de ella era una alcahueta, yo le tiré a ella. Lo único era que no me trataba mal, pero eso sí se demoraba y hasta me iba cogiendo como rabia y casi no le importaba la niña. En esa época nos tocaba aguantar con la niña. Pero eso sí, yo lavaba ropas o me rebuscaba de varias formas. Ya después una noche me dijo que él había cometido errores sin saber porqué lo hacía y no se justificaba que lo pagara la niña. El no es como los

otros hombres, pongámosle, que la mujer se da cuenta o sabe de algún detalle y sigue con el capricho, pero él no.

Yo fui la que prácticamente le pedí cacao, en vez de ser la brava. Entonces ya después de que llegó el niño, yo creo que él hizo una promesa o algo así. Bueno, es que yo creo que lo más importante lo hace una de mujer y desde que haya diálogo, porque en esos hogares donde todo es una guerra todos los problemas se vuelven sin solución. A mí me dió duro sentir que mi hogar se perdía.

También recuerdo que cuando conseguimos el lote, él no quería; yo le dije que me iba a conseguir algún sitio donde tener segura la vida. El dijo que por allá no era bueno porque no subían buses, ni había agua, ni luz. Sin embargo yo conseguí ese lote por invasión, mi mamá me dijo: aquí tengo estos papeles de su hermano que no le entregaron el lote, entonces usted mire a ver qué hace con estos papeles, porque sabía que yo era "de faldas". Ya se habían dado \$35.000 o sea que el lote sí era invadido pero se había dado plata; eso hace ya más de cinco años y ahí poco a poco hemos ido levantando las paredes y ya tenemos esta casita. El ya se entusiasmó y ahí le va metiendo la platica y comprando que las tejas, que los ladrillos, cada vez que puede.

Una en unión libre o en matrimonio es la misma vida, hay problemas iguales, los maridos son iguales de infieles, la única diferencia es un juramento ante Dios, de resto no. Uno se casa por la Iglesia y de blanco sólo por la fiesta, como una parodia, pero no sabe qué es eso. Los hombres juran ser fieles y a los pocos días ya están con otra; tal vez con los cambios de las cosas hoy día es mejor estar en unión libre, así si uno no se pone de acuerdo, se va.

En veces yo trabajaba por días en lo que me saliera: lavando, planchando, cuando me sentía aburrída, o también para ayudar en la comida y los gastos, pero mi esposo se sentía mal que yo trabajara. El me decía que mejor me quedara en la casa, pero por la necesidad yo salía cuando podía. Por él fuera, no me dejaba trabajar. El dice que uno descuida a los niños cuando trabaja. Cuando empezaron a llegar los hijos yo dejé de trabajar. El también dice que cuando la mujer trabaja al hombre lo humillan sus compañeros y los vecinos. Desde que yo recibí el jardín, él ha ido aceptando mi trabajo, tal vez porque no salgo de la casa. Con el trabajo me mantengo más alcanzada, o sea el oficio mío de la casa y el del trabajo.

Mi esposo dice que las mujeres son de la cocina y los hombres del trabajo. El puede tener el hambre más hambre, pero no prende el fogón, no porque no quiera, sino porque no lo sabe hacer. Hay mujeres

que creen que por retener un marido hay que lavar, planchar y hacerle de comer, pero yo creo que un hombre y una mujer tenemos el mismo valor. A mi me gustaría que me ayudara de verdad en los trajines de la casa, pero él cuando está, es durmiendo, solo a veces me ayuda a lavar algunos trastos. Creo que es cuando considera que la rutina del oficio se pone pesada.

Mi marido con los hijos es siempre de lejos, él nunca los alzó, ni los tocaba, ni los consentía, ya más grandecitos si acaso jugaba a veces con los varones. Eso sí, el aporte económico para el sostenimiento de la casa lo da él. Las decisiones las tomamos los dos por igual tratando de llegar a un acuerdo, así dialogamos. Claro que yo le llevo mucho la idea. Por ejemplo, si él me dice que esto no es así, yo le digo que tiene la razón o a veces mejor me quedo callada. Tal vez por eso no peleamos; es que a veces llega con mucho trabajo y con mal genio, entonces él da una vuelta y se le pasa.

Cuando yo trabajaba fuera de la casa, tenía que dejar todo listo antes de irme, la ropa de él lista, parte de la comida, y me iba a las seis o siete de la mañana y regresaba de 5:30 a 6. Llegaba y hacía todo lo que me tocaba hacer, lavar, planchar, la cocina, los niños.





# LA RELACION DE PAREJA: UN CONFLICTO ENTRE LOS PATRONES IDEALES Y LA COTIDIANIDAD

“El matrimonio es para Tolstoi al mismo tiempo el lugar de la tragedia y de la esperanza, de la horrible mentira cotidiana y de la paz idealizada, el nido y el infierno. Pero es precisamente un infierno por ser la aspiración de un nido.”

Estanislao Zuleta.

En Colombia los patrones culturales del vínculo de pareja se fundamentan en la ética Judeo-Cristina; se tiende a establecer, como lo plantea Zuleta, una imagen del hogar “nido”, ajeno a conflictos, enfrentada a una cotidianidad compleja, plena de contradicciones entre los sexos, que para los sectores populares se agudiza ante las precarias condiciones de vida.

Es objeto de este capítulo el análisis de la historia de las relaciones de pareja, descritas, relatadas y sentidas por este grupo de mujeres de sectores populares. Se inicia con la reflexión acerca de la primera unión heterosexual, sus concepciones sobre el matrimonio y otras formas de unión; en segundo lugar se trata la manera como se comparte la cotidianidad de la pareja en varias dimensiones: de una parte, la división de roles entre los géneros y su comportamiento respecto al trabajo doméstico y al productivo; de otra, se tratan los encantos y desencantos provenientes de la confrontación de las imágenes ideales acerca del deber ser de la relación marital. Así mismo, se interpretan las historias de una larga convivencia marital a través del tiempo, las expresiones del conflicto y la violencia en la relación, la sexualidad, la forma como la mujer vivencia la autoridad masculina y el proceso de toma de decisiones. Por último se analizan algunos significados de experiencias de separación conyugal.

Se entiende la relación de pareja como una estructura vincular entre personas de diferente sexo que comparten una cotidianidad temporal y espacial, caracterizada por intercambios diarios, con espacios delimitados, con ritmos de encuentros y desencuentros, de placer y displacer. La vida en pareja se reconoce socialmente como relación conyugal e implica asumir la

decisión de impulsar un proyecto vital, en el que confluyen las voluntades de dos individualidades diferentes quienes aportan una historia particular, resultante de procesos de socialización también específicos. Esa confluencia constituye la relación de pareja o relación conyugal en un deber ser, en un propósito en el cual se idealiza la vida en común, se trata de construir un sistema simbólico mutuo y se asume una determinada división del trabajo en torno a la satisfacción de las necesidades. Mujer y hombre crean un vínculo profundo y se hacen acuerdos explícitos o implícitos entre ambos. Implica hacer concesiones de cada *yo*, pactar o satisfacer el deseo del otro, incorporar rasgos del uno en el otro y articular intereses diferentes (BERESTEIN Y PUGET: 1987). En el proyecto compartido se complementan o chocan las cualidades propias de cada género, los valores culturales del *deber ser* de un hombre o de una mujer, con las condiciones de vida que la clase social a la que pertenecen les demarca. La relación de pareja es ambivalente; oscila entre momentos de conflicto y de armonía, de encuentros generadores de gratificación y desencuentros que frustran los ideales entre lo que cada uno espera del otro y lo que está en capacidad de dar. Para el grupo de mujeres con quienes se realizó este estudio, además de los roles de esposo y esposa se establecieron muy rápidamente los de padres y madres, en cuanto apenas se inició la convivencia se gestó un hijo y en algunos casos, ya existía descendencia de uniones anteriores.

Entre estas parejas se comparten experiencias sexuales legitimadas socialmente, bajo parámetros culturales en los cuales la monogamia, la fidelidad y la colaboración se constituyen en los patrones ideales de la relación. En este sentido el término pareja se identifica con los de cónyuge, esposo o compañero, y se diferencia en estricto sentido de la expresión familia, ya que ésta se refiere a una unidad social más amplia en la cual se originan las relaciones de consanguinidad, sean estas filiales, fraternas o parentales. La pareja es el germen de la constitución de una familia y puede reconocerse como un núcleo familiar específico cuando el proyecto de vida en común no incluye a los hijos o a otros parientes. En el curso de la historia, el concepto familia ha tenido diversas acepciones y, aunque las definiciones tradicionales remiten al modelo formal en el cual se ubican el padre, la madre, los hijos y las hijas, la familia no supone necesariamente la relación conyugal. Es el caso de las familias extensas conformadas por parientes de varias generaciones en las cuales no hace presencia una pareja de cónyuges, o el de familias nucleares integradas por la madre o el padre y su descendencia o por grupos de hermanos o parientes, que se reconocen o asumen como familia.

El modelo ideal para la iniciación de la relación de convivencia entre las parejas de este grupo de mujeres fue el matrimonio Católico, como una

consecuencia del impacto de esta religión sobre los patrones culturales con los cuales se realiza el proceso de socialización, particularmente en la región Andina del país:

“En el complejo cultural andino la forma legal goza de la más alta valoración social y religiosa. Si bien el quebrantamiento de esta norma es más común entre los sectores populares, no por ello pierde cotización el matrimonio Católico”. (GUTIERREZ DE PINEDA:1967, 51)

Con el acto religioso se consagra la monogamia a través del compromiso que obliga a la fidelidad entre los esposos al determinarse la indisolubilidad del vínculo. Al mismo tiempo se reproducen rasgos de la familia patriarcal destacándose de ellos el poder de mando del hombre sobre la mujer y el control de su sexualidad <sup>1</sup>. Como garantía de continuidad del poder del padre sobre la progenie se observa la asignación de líneas de autoridad patriarcal, a la manera de lo planteado por San Pablo en una de sus epístolas:

“Pero quiero que entiendan que Cristo es la cabeza de cada hombre, y el esposo es la cabeza de su esposa, así como Dios es la Cabeza de Cristo”  
(Corintios: cap.11 vers.3 )

En Colombia, hasta hace pocos años el único rito matrimonial reconocido socialmente como válido era el católico y, hasta 1974, para contraer matrimonio civil era necesario apostatar de la fe. Al conferir un carácter sagrado al matrimonio y al pretender despojarlo de la voluntad humana para someterlo al poder del “Dios Padre”, se le otorga un carácter divino a un compromiso humano:

“Lo que Dios ha unido no lo separe el hombre”. (Del ritual del matrimonio católico)

Mediante el sacramento matrimonial, la mujer, pensada a la imagen de la Madre de Dios, adquiere el estatus de madre y virgen, con el cual al ligar la procreación a la virginidad, se pretende despojar a la maternidad de todo vínculo con la sexualidad <sup>2</sup>, más explícitamente con la relación coital, que en el terreno de la religión católica es calificada como el pecado de la carne. La mayoría de las jóvenes aspiran al matrimonio católico porque han interiorizado

1 En Colombia la “Potestad marital”, entendida como el poder que la ley concede al hombre sobre la persona y los bienes de la mujer, rigió hasta 1974. Así mismo, el uxoricidio era justificado cuando se generaba por ira e intenso dolor a causa de la infidelidad de la mujer.

2 En el terreno ideológico se logra esa separación entre lo que biológicamente es imposible. Al conferir a la virginidad el carácter de misterio, se expande en el amplio y dominante mundo católico como un “valor” y se crea una disposición física, psíquica y mental para ligar indisolublemente el sexo y la procreación, lo cual va a incidir de forma significativa en la percepción que la mujer tiene de su cuerpo, y en la manera como los hombres y la sociedad entera se refieren a él.

una concepción acerca de sí mismas y de su papel en la familia, inspirada en el modelo de la Virgen María y orientada a reproducir las cualidades que la consagran: virtuosa, santa, buena y sumisa a la autoridad masculina.

Este modelo se ha denominado “Marianismo” (RODRIGUEZ:1988) y favorece la reproducción de valores patriarcales en la mujer, porque al introyectar estas cualidades se facilita, por ejemplo, el manejo de la autoridad masculina en la familia. En la ética Cristiana, los valores de María se oponen a los de la figura de Eva, mujer que en el mito Bíblico de la creación de la humanidad transgrede la norma Divina cuando al morder la manzana desobedece, origina el pecado y provoca el castigo de Dios.

El marianismo se reproduce en la cultura e incide en la formación de la identidad femenina, porque es la base de estereotipos con los cuales el Yo de la mujer se construye tomando como eje su papel de esposa y madre. La niña es socializada en medio de la contención y de la humildad con el objeto de parecerse a la Virgen María y disponerse al cumplimiento de la función reproductiva.

A pesar del alto estatus del matrimonio católico entre este grupo de mujeres de los sectores populares, menos de la mitad iniciaron la unión marital con este ritual, precedido por lo general de un noviazgo y acompañado de una celebración familiar; la mayoría comenzó a vivir con un hombre sin acompañar el acontecimiento con ceremonia matrimonial alguna.

Para quienes se casaron por lo católico fue fundamental conservar su virginidad, presentar resistencia ante las propuestas masculinas y abstenerse de iniciar relaciones sexuales hasta después de la celebración. Como se observa en el relato, este subgrupo contiene características comunes: El matrimonio fue la etapa final del noviazgo, los padres intervinieron en el ritual y este se constituyó a través de símbolos con los cuales se expresa la ideología religiosa, como el vestido y el velo blanco que representan la virginidad y pureza femenina, y el acto de entrega de la hija al marido, por parte del padre o de un varón de la familia. Se aprecia una relación directamente proporcional entre la formalización de la unión a una edad más avanzada y el ritual del matrimonio.

En contraste, las mujeres referidas en el segundo grupo, iniciaron su relación de convivencia heterosexual muy jóvenes: algunas antes de los 14 años y las más entre los 14 y los 18; se confirma la tendencia a convertirse precozmente en adultas. Las primeras relaciones heterosexuales estables, coinciden con el inicio de la unión conyugal y con la maternidad, encontrándose la pareja abocada desde un principio a múltiples responsabilidades que chocan con las carencias económicas y con el despertar de la ensoñación propia del enamoramiento<sup>3</sup>. Hoy con nostalgia estas mujeres

---

<sup>3</sup> Sobre las diferencias entre el amor y el enamoramiento, consúltese la reciente obra de Florence Thomas "Los Estragos del Amor". Ed. Universidad Nacional, Bogotá, 1994.

relatan el comienzo de la relación marital como una evasión que busca salidas idealizadas a las restricciones y al maltrato; además lo evalúan como un evento limitante para su vida posterior. Se refieren al inicio de su relación, en los siguientes términos:

“En ese tiempo, no había abierto los ojos, porque en ese tiempo yo andaba pa'lante, pero no veía, ... Entonces fué diciendo y haciendo....Entonces, lo cogen a una como se dice de papayita... No sabía nada cuando tuve mi primer problema... , era como un animalito, pensaba que el niño lo regalaban cuando uno se casaba.... fué una metida de pata..”

Estas jóvenes fueron condicionadas por varios acontecimientos simultáneos: intensos conflictos familiares, bien sea por el abandono de alguno de los padres de sus funciones, por deficiente relación con padrastros o madrastras o incluso porque se han sentido perseguidas sexualmente. La unión con el hombre se percibe como una solución a las circunstancias adversas de la infancia, la sobrecarga de funciones hogareñas o con el exceso de responsabilidades laborales. Se suman a esta situación los problemas derivados de las restricciones en la educación sexual, el desconocimiento de su corporalidad y las prohibiciones de trato con los varones que producen en las jóvenes sentimientos encontrados de idealización y temor. La sexualidad es vivida como un misterio que al mismo tiempo genera angustia y estimula el deseo. Hacen presencia mecanismos de defensa <sup>4</sup> como el de la negación de sus conflictos familiares y la compensación, al intentar construir un hogar idealizado.

El proceso de socialización incide en que estas jóvenes sometan su proyecto de vida al encuentro de un hombre proveedor de recursos económicos, seguridad y afecto, a quien le ofrecen en compensación el cariño, la entrega personal, la atención cotidiana y el cuidado del hogar. Al cifrar su proyecto vital en “ser la mujer de un hombre” y más adelante en “darle un hijo” construyen una identidad personal que se alimenta de una imagen desvalorizadora de sí mismas, de un *yo* que no es propio. La baja autoestima estrechamente relacionada con la convivencia precoz, es producto del proceso de socialización ya descrito, caracterizado por el maltrato y el autoritarismo de parte de los padres, la inhibición del juego, la imposición del trabajo doméstico, la represión de su sexualidad, unidas a prohibiciones en el trato con el sexo “opuesto”. Un estilo de socialización que además de generarles un menor-aprecio (menosprecio) de sí mismas, les reduce sus oportunidades educativas, laborales o comunitarias.

<sup>4</sup> Se hace referencia a la concepción psicoanalítica sobre los mecanismos de defensa, entendidos como recursos del yo ante la angustia que proporciona la relación consigo mismo, con los otros y con el ambiente.

Diversas investigaciones acerca de factores intervinientes en el embarazo precoz -anterior a los 18 años-, demuestran situaciones similares a las descritas en este segundo grupo de mujeres: en el estudio sobre el madresolterismo de las adolescentes en Colombia (RICO DE ALONSO:1984) se muestra cómo estas mujeres carecían de proyectos vitales distintos al matrimonio aunque fuese considerado como la principal meta vital; al mismo tiempo, carecían de información acerca de la sexualidad y no se planteaban alternativas de control de la natalidad.

La relación de pareja y el proceso amoroso están mediados por idealizaciones producto de patrones culturales que exaltan unas cualidades consideradas como 'propias' de la feminidad y de la masculinidad: se desea un hombre o una mujer con características y atributos ideales, que esperan ser cumplidos durante la convivencia marital. Con las siguientes imágenes este grupo de mujeres de sectores populares caracteriza el papel de cada género en la pareja:

Una buena esposa se define como:

“La que atiende al esposo, le da gusto, le cuida la ropa... cuando llega se para, lo atiende, le brinda comida... le tiene agua caliente para los pies... da más de lo que a ella le dan.”

Sobre una mala esposa, se aducen las características contrarias incluyendo la infidelidad, que no se señala al referirse al esposo:

“No está pendiente del marido, ni de su ropa... no cumple con sus funciones domésticas, es irresponsable... se va con otro o le juega sucio al marido.”

Con relación al buen esposo, se señalan las siguientes atribuciones:

“Buen trato... pasivo... que no maltrata, dialógico, cariñoso y comprensivo... Da para el mercado, ama a los hijos, es cumplido con sus deberes.”

Acerca del mal esposo se destacan estos defectos:

“Maltrata, golpea, no cumple con lo del mercado... es incumplido, malgastador... no entiende a la mujer... no es detallista.”

El modelo de esposo o esposa, contiene variadas dimensiones para ser analizadas: se destaca la responsabilidad de la mujer frente a las funciones domésticas como condición esencial de una buena esposa; la vocación femenina de servicio al otro, la inhibición de sus propios intereses en función del marido o a la fidelidad, son consideradas como cualidades que sustentan el ideal de la conyugalidad femenina. En contraste, el rol masculino valorado como bueno se refiere a su función de providente y de manera fundamental al trato no violento, a la comprensión y a una actitud de diálogo.

Las imágenes expuestas sobre el *deber ser* chocan con la dinámica de la relación de pareja cuando se vive la cotidianidad, ya que como se aprecia en los relatos, hay ambivalencia en la mujer entre su voluntad de servir y sus intereses personales. Al mismo tiempo contrario al ideal introyectado sobre un buen esposo, el cumplimiento de funciones de providente no es exclusivo del compañero: las condiciones económicas conducen a la mujer a buscar alternativas de ingresos, lo cual a su vez genera fuertes conflictos entre ellos. Prevalecen formas violentas de maltrato del esposo hacia la esposa, infidelidades y abandonos, que son fuente permanente de problemas en la interacción de la pareja y en algunos casos rupturas momentáneas o definitivas de la relación.

Los valores acerca de los roles conyugales corresponden a una tradición ancestral católica, que toma como modelo a la Sagrada Familia: San José, la Virgen María y el Niño Jesús. La mujer, a imagen de María, tiene la virtud de ser buena doméstica y de servir al hombre; a éste, en cambio, se le asigna la cualidad de ser el proveedor del hogar, siguiendo la imagen de San José. Así se definía el ideal de familia a principios del siglo en Bogotá, en los manuales de educación para la vida familiar:

“Ante todo aspirad a formar un hogar según el modelo de la Sagrada Familia. En San José aprenderá el hombre a ser trabajador, solícito por el bien de los suyos, abnegado y sufrido. En María encuentra la mujer, un perfecto dechado de virtudes domésticas: piadosa, amante, humilde, hacendosa, dulce y obediente. .. El esposo es el representante de Dios en esa sociedad, cuyo mando le ha sido confiado, como piloto de esa nave que está encargada de conducir a través del mar de la vida, al puerto de la eternidad.” (MUÑOZ y PACHON: 1991)

El hombre y la mujer interiorizan tan profundamente estas imágenes, que el trabajo doméstico<sup>5</sup> se constituye en una prueba del amor femenino, mientras la función de proveedor se convierte en la manifestación afectiva fundamental del hombre. La cotidianidad de la pareja se fundamenta en una división sexual del trabajo, en las labores que cada uno realiza como esposo o esposa, así como en los conflictos entre el *deber ser* de esa relación y lo que la realidad va demandando.

En el caso de este grupo de mujeres de sectores populares, la mayoría manifestó que el trabajo doméstico ha sido su responsabilidad exclusiva y expresó no haberse interesado en cambiar dicha situación. Afirmaciones tales

<sup>5</sup> Se entiende por trabajo doméstico el conjunto de actividades a través de las cuales la familia repone la capacidad de trabajo de los individuos, se reproducen y socializan las nuevas generaciones. Genera bienes de consumo para el hogar e incide en la disminución de los costos de la reposición de la fuerza de trabajo en la sociedad. Por tradición se considera responsabilidad femenina y no como un trabajo generador de riqueza. (PUYANA 1990)

como “es muy atendido y yo lo acostumbé así”, indican la aceptación de su papel en la vida doméstica. Unas pocas comentaron que recibían alguna “colaboración” de su pareja, denotando este término su auto-afirmación como responsable principal del oficio doméstico en el hogar y la exclusión del hombre de esta responsabilidad. Aunque las mujeres manifestaron en las entrevistas la necesidad de lograr un reconocimiento social del oficio doméstico, continúan sintiendo éste como su principal tarea.

La actitud de la mujer ante el oficio doméstico fue construida durante el proceso de socialización, tal como se explicaba en el capítulo anterior. Se formó como mujer agobiada de responsabilidades domésticas y cumpliendo con el rol de servicio a la familia. Se identificó con su madre a través de dicha tarea, del tal forma que cuando se convirtió en adulta había internalizado el servicio doméstico como si fuera una cualidad natural de lo femenino y la actitud de servicio que esta tarea lleva consigo se proyecta durante el resto de su vida.

En un estudio reciente en Bogotá, con el cual se abarca una muestra amplia que comprende también a los estratos medios y altos, se demuestra que aún la mujer tiene a su cargo la mayoría de las responsabilidades familiares (CEDE 1987). Las labores domésticas son aún más arduas y difíciles para las mujeres de los sectores populares, quienes carecen de instrumentos adecuados para realizarlas. La jornada de trabajo se hace más extensa y compleja cuando la mujer es abandonada por el compañero, en épocas de crianza o maternidad, o cuando inician la autoconstrucción de sus viviendas, en sectores periféricos de las grandes ciudades, carentes de servicios públicos, como se denota en los relatos de este capítulo y como lo han demostrado otras investigaciones (DE SUREMAIN, 1988).

En otro estudio reciente acerca del tiempo libre de niñas y niños de sectores populares realizado en Bogotá, se verifica una tendencia hacia la reproducción de la división sexual del trabajo durante el proceso de socialización. Se demostró que las niñas gastan en labores domésticas el doble del tiempo que los niños, quienes, por ende, tienen mayor cantidad de tiempo libre y de espacios recreativos (PUYANA: 1991).

Otro conflicto intenso entre la pareja se produce en torno al trabajo con el que se generan los ingresos para la vida de la familia. Si bien es esta una tarea adscrita al hombre por la cultura para demostrar su virilidad, las precarias condiciones de existencia en las que se desenvuelve la vida cotidiana de los sectores populares frustran dicho “ideal”. En el hombre se genera un sentimiento de impotencia debido a la falta de oportunidades laborales o la baja remuneración que posiblemente va a producir una frustración ante su pareja. Actitudes masculinas como el abandono a la esposa en momentos cruciales tales como la maternidad y la crianza, pueden ser explicadas como



un mecanismo de “negación”, utilizado de manera inconsciente por el hombre ante el cúmulo de responsabilidades económicas que tiene con su familia. Por otra parte, la mujer, ante la carencia de ingresos, busca trabajos alternativos, los cuales generan temores al marido porque considera que así pierde status y ve afectada su hombría. El conflicto se centra entonces, en el trabajo de ella, en su salida del hogar y en la falta de tiempo para cumplir con las tareas domésticas que su pareja y sus hijos le exigen como prueba de amor. Aunque la mujer labora en función de la familia y de la dinámica de la relación con el marido, el manejo de dinero ganado por ella misma le genera cierto poder en la familia y capacidad de negociación.

El maltrato entre la pareja, en especial la violencia física del hombre contra la mujer constituye otra expresión de conflicto conyugal. Se presentó en mas de la tercera parte de los casos, prevaleciendo entre este grupo de mujeres como una de manifestación constante de tensiones, llegando en algunos casos a interiorizarse como una costumbre<sup>6</sup>.

La violencia contra las esposas contiene una dinámica y características que merecen ser analizadas con detenimiento:

Al referirse al maltrato se describen golpes acompañados de frases masculinas referidas a una supuesta infidelidad de las mujeres, a reproches por su trabajo fuera del hogar o a reclamos por el incumplimiento de sus “obligaciones domésticas”.

La frecuencia de la violencia física y verbal contra la mujer continúa presente en la vida familiar. Recientemente se verificó que el 19% de las mujeres bogotanas habían recibido una golpiza de su marido (PROFAMILIA, ENP, 1991). Las causas de las agresiones retomadas en la encuesta se relacionan con las descritas en sus historias de vida:

“Fallas en la realización del oficio doméstico, en la crianza de los hijos, trabajo fuera del hogar, relación con la familia de origen e incumplimiento de su deber sexual”. (PROFAMILIA.Op.Cit, 165-178)

La reacción ante el maltrato de parte de los egos femeninos tiende a ser oscilante y contradictoria: cuando son jóvenes e inician la relación de pareja aceptan de forma sumisa todo tipo de vejámenes, llegando en muchos casos a justificarlos, en cuanto se acepta calladamente la superioridad del varón y el derecho que la cultura le confiere sobre la mujer. En la medida que entran a la edad adulta reaccionan de diversas formas que van desde la defensa personal acudiendo a las amenazas, los forcejeos o los golpes con su cuerpo o con objetos, hasta la denuncia oscilante ante las autoridades, incluyendo el

<sup>6</sup> Son ya crecientes los trabajos realizados acerca del complejo problema de la violencia conyugal, los cuales remiten al estudio del concepto mismo de violencia y de sus implicaciones subjetivas, socioculturales y éticas, entre los que se destacan los estudios de GIBERTI y FERNANDEZ: 1989, y de AMOROS: 1985.

encarcelamiento del agresor. Este comportamiento produce temores y culpas y se acompaña de la desconfianza ante las instituciones y la pérdida de credibilidad cuando dichas gestiones fallan.

Se presenta también la decisión de enfrentar la agresión respondiendo con la fuerza a la violencia del compañero. Se aprecia en la vida conyugal que no existe dominador sin dominado, porque cuando las mujeres se rebelan de su papel de víctimas demostrando fortaleza para enfrentar la agresión o cuando logran cierta autonomía se disminuye el maltrato. Esto hace posible en algunos casos la construcción de un nuevo estatus para la mujer, que la coloca en condiciones más igualitarias ante su pareja, y le representa valoraciones positivas ante sus hijos e hijas. En otros casos la reacción ante la violencia conyugal trae consigo la ruptura de la relación. De todas formas, las resistencias ante el maltrato propiciadas por este grupo de mujeres pueden ser un indicativo de cambios y de cierta autoafirmación como personas, proceso que en primera instancia ocurre ante el hombre, para quien los gritos, golpes y maltrato a la mujer son producto de asumirla como un objeto cuya subjetividad se diluye en los deseos y necesidades masculinas y de concebir su relación matrimonial como una posesión.

La aceptación del maltrato por parte de este grupo de mujeres puede explicarse como una continuidad y un producto del proceso de socialización para el sufrimiento de que fue objeto en la infancia. Debido al maltrato recibido de sus progenitores y a la observación de prácticas de violencia del padre hacia su madre, la mujer adulta tiende a vivenciar el maltrato de su esposo como algo natural e inevitable, presentándose una necesidad inconsciente de sufrir y ser castigada. En muchos casos, las mujeres soportan los golpes durante más de diez años y asumen una actitud pasiva ante los vejámenes, hasta que su progeñie interviene en su defensa -como ocurre en el relato de este texto-. Estudios clínicos han demostrado que las mujeres así socializadas sienten cierta necesidad en continuar este tratamiento durante su relación amorosa adulta.

“Persiste entre las mujeres cierta necesidad de continuar procesos de sufrimiento, predilección por relaciones problemáticas como consecuencia de insatisfacciones emocionales en la infancia” (NORWOOD:1985).

Son consecuencias del maltrato una baja autoestima y un sometimiento a la autoridad del marido, quien se constituye en una continuación del padre agresor. En la violencia intrafamiliar está por tanto presente esa concepción ancestral con la cual se considera al esposo como el dueño de la vida de la mujer y de los hijos. Con una actitud “patriarcal” impone su autoridad a través de la fuerza y con la agresión reitera su derecho a la posesión de la mujer (LERNER:1990).

Con respecto a la autoridad en la relación de la pareja y al proceso de toma de decisiones, se hizo una lectura crítica de los relatos y de la información solicitada a este grupo de mujeres de los sectores populares. Se indagó quién toma las decisiones cuando se realizan gestiones económicas como conseguir un préstamo o hacer compras, cuando se determina el número de hijos o hijas y cuando se realiza la unión coital.

Ciertos pasajes de los relatos están demostrando una autoridad vertical del hombre sobre la mujer y pocos espacios de autonomía femenina en la relación; se destacan las dificultades para realizar trabajos fuera del hogar, por lo cual consideran ventajoso ser madres comunitarias porque ello les permite:

“Estar en la casa, recibir la autorización del marido y al mismo tiempo devengar algún dinero”

Así mismo expresan temores al marido, cuando deben salir del hogar, participar en reuniones y otros eventos comunitarios.

Los relatos se refieren también a las escasas posibilidades de las mujeres para crear espacios de recreación fuera del hogar, a su amplia tolerancia ante los actos de infidelidad de su cónyuge o compañero y a la entrega de la autoridad al marido cuando los hijos cometen una falta y se requiere una sanción. De una manera gráfica, una de las mujeres expresaba en el relato cómo los hombres se abrogan mayores derechos sobre el disfrute de los objetos en los hogares:

“En el rancho duermen los hombres en la cama y las mujeres ponemos un tapete y dormimos en el suelo”.

Por otra parte, las mujeres consideraban que no tenían el derecho a rechazar las relaciones sexuales o no se atrevían a decir claramente que no deseaban la unión sexual, como tampoco asumían la iniciativa para iniciar el coito.

Al mismo tiempo otros eventos demuestran cierta ganancia de autonomía de las mujeres en la relación de pareja. Son ellos: el decidirse a trabajar aún en contra de la voluntad del marido; el asumir la gestión de un préstamo bancario, comprar artículos para el hogar que los hombres no adquirirían por considerar innecesarios, y en especial decidir planificar el número de hijos y controlar la natalidad, en muchos casos sin la anuencia del esposo. Es importante anotar que la planificación familiar asumida como decisión femenina constituye uno de logros democráticos en la vida de pareja.

Respecto a la sexualidad, en los relatos se observa una evolución: La primera relación heterosexual de este grupo de mujeres de sectores populares estuvo acompañada de sentimientos de temor, inseguridad, dolor, miedo ante

los demás y una mínima información. Sólo una manifestó vivir una relación agradable y varias sintieron terror por haber sido objeto de abuso sexual cuando niñas bien sea por parte de parientes, padrastros, amigos o padres. La mujer no sólo tiende a ser vista como objeto sexual por los hombres, sino que se sitúa a sí misma como un instrumento de uso para él. Denotan dicha situación afirmaciones como:

“me usó, se sastifizo, me obligó, me emborrachó y me sentí violada, cometí la locura .. eso de estar con un hombre es muy feo... quería que se fuera y me dejara”.

A estas sensaciones se suma el proceso de socialización ya descrito en el capítulo anterior, el cual fue intimidatorio y generador de una actitud sexual pasiva y temerosa en la mujer. Dicha situación trae como consecuencia una tendencia a separar la categoría *placer* del acto sexual, sentirlo como un deber o una función para la reproducción, lo cual dificulta vivir sensaciones placenteras en su sexualidad cuando se llega a la adultez.

Este grupo de mujeres no presenta iniciativa ante su pareja cuando se refiere al deseo de realizar el acto sexual, siendo él quien dispone y ella se acoge a sus deseos.

“El sexo femenino es lo interior, adentro, lugar envase, envoltura del sexo masculino invisible y misterioso, escondido y temible lugar del azar que dispone de la vida y la muerte, que simboliza siempre vida potencial, se torna siempre en fantasías masculinas, en un poder enorme, incomprensivo, temido y peligroso” (THOMAS:1986, 67)

De esta manera la iniciativa sexual es mal vista por las mismas mujeres y por los hombres, por un temor compartido a semejarse a las “otras”, las provocadoras, denigradas por todos, las prostitutas. Fue común que, por el temor a la sexualidad sujetaran sus expresiones de placer sexual a los deseos masculinos y con facilidad se convirtieran en objetos pasivos.

“El hombre es como el gallo echa su polvorette y se sacude” o “respeta más el perro a la perra que el hombre a la mujer porque el animal, solo demanda durante el celo” (Talleres de Educación sexual. Ciudad Bolívar, 1988)

Las afirmaciones anteriores denotan un sentimiento de rechazo a la ausencia de comunicación con los hombres sobre el acto sexual. Algunas mujeres demandan manifestaciones de cariño del compañero como antesala a las relaciones sexuales y reconocimiento de la sensibilidad femenina, como se demuestra en el siguiente comentario:

“Lo más importante es como se hagan las cosas. Si hay cariño, todo está bien. Pero si es sólo por gusto que se van a hacer las cosas, prefiero quedarme sola”.

Pueden identificarse dos tipos de vivencia entre estas mujeres acerca de su sexualidad cuando llegan a la edad adulta: unas continuaron con la educación recibida en la infancia y la tradición maternal, prevaleciendo temor y rechazo a las expresiones eróticas; el acto sexual se concibe como un deber sujeto a la reproducción o a la voluntad del marido. Cierta frigididad es resultado de patrones culturales restrictivos con que fueron educadas.

“La niñez de las mujeres frías está siempre gravada por el puritanismo en general, y la mojigatería que le es propia. Las represiones consiguientes expulsan de la esfera consciente la tendencia al placer, experimenta únicamente sensaciones de vergüenza, rechazo y angustia, o al menos vacío interior.” (RATTNER: 1976,65).

La menor parte de las mujeres de este grupo afirmaron haber logrado relaciones satisfactorias con sus compañeros sexuales a pesar de la socialización restrictiva y las experiencias traumáticas durante la adolescencia.

Por último, es necesario hacer una referencia explícita a los procesos de separación de las parejas vividos en la mayoría de las historias. La convivencia fue interrumpida debido al abandono del hogar por parte del esposo, la infidelidad continua, la falta de cumplimiento de sus funciones de providente, los excesos en la bebida o el maltrato. Dicho proceso duró varios años, oscilando entre rompimientos y reconciliaciones. En todos los casos ante la separación la mujer asumió el cuidado de la prole. Después de la separación unas pocas mujeres establecieron una nueva unión; otras permanecieron con los hijos sin la presencia del padre y, una minoría volvió a convivir con su cónyuge.

En menos de la mitad de los casos se relató una convivencia continua calificada como satisfactoria, sin maltrato físico y mediada por el diálogo como recurso para resolver problemas.

En los casos de abandono del marido -ejemplificados en el primer relato de este capítulo-, la mujer asume el conjunto de tareas familiares cumpliendo las funciones de providente, doméstica y socializadora. Ella se convierte en el centro de la autoridad de la familia, organiza otro tipo de hogar en el cual es reconocida como jefe y asume la responsabilidad absoluta sobre los hijos. Cabe en este caso la expresión de Virginia Gutierrez de Pineda (1983), quien al observar la frecuencia de esta situación manifiesta:

“Sigue siendo la responsable de la administración para el consumo, de la crianza y socialización de los hijos, asume la tarea biológica en los momentos de mayor trajín laboral y arrastra como el pecado original la culpa de no poseer el don de ubicuidad para satisfacer simultáneamente sus roles tradicionales y los recientemente adquiridos.” (GUTIERREZ DE PINEDA:1983, 245)

La dinámica de la relación de pareja contiene características ambivalentes: se cambian ciertos patrones culturales y al mismo tiempo se reproducen los valores con los cuales fueron socializadas. Los cambios producen conflictos porque los hombres socializados por madres tradicionales y sumisas se resienten ante la pérdida de poder que significan las nuevas iniciativas femeninas. Las mujeres, por su parte, reivindicán sus derechos en la medida en que se reconocen como sujetos, y al mismo tiempo de manera inconsciente reproducen una conducta tradicional derivada de la identidad con la madre.

La pregunta que surge al finalizar es: ¿Cuál es la dinámica de cambio de las mujeres de los sectores populares urbanos respecto a las múltiples transformaciones que está gestando la mujer colombiana? Aunque contestar este interrogante es objeto de otros trabajos, puede concluirse que en este caso se observa una contradicción: Por una parte se reproduce una división sexual del trabajo que pretende mantener a la mujer en el hogar y al hombre en el espacio público, y al mismo tiempo se perciben fuertes conflictos ante esta situación. Las luchas de las mujeres por el derecho al trabajo independiente, la reacción discursiva ante la necesidad de colaboración masculina en el oficio doméstico, la intolerancia ante el maltrato físico, el uso de métodos anticonceptivos como decisión propia y el deseo de capacitarse, son síntomas de una reacción femenina para construir nuevas opciones de vida.

Es consecuencia obvia de la cotidianidad aquí descrita el conflicto de pareja derivado del choque entre los valores culturales con los cuales fueron socializadas y las exigencias que la realidad actual demanda, así como la frustración ante los patrones ideales con los cuales concebían un buen esposo y una buena esposa, que chocan con el curso diario de la vida. Si estas tendencias continúan entre las nuevas generaciones, el resquebrajamiento de la rígida autoridad patriarcal en la familia será mayor.